



Año XXXVIII.—Núm. 4.538.

*El socialista 25-VIII-1923*  
**REMACHANDO**

Hasta este rincón de la montaña, perdido entre riscos, que bizman, piadosas, las brumas; hasta esta casa que albergó al Don Celso que inmortalizó Pereda en sus *Peñas arriba*, llegan, aunque con un retraso que debería templar nuestro oído, las noticias de las torpezas de los hombres que se empeñan en defenderla y no enmendarla. Y la canción que nos llega, ahogando la del rumor del Nansa, que corre por la barranca de la angostura del valle, es la de esa desdichada empresa—que no ya guerra—de Marruecos. Que si fué el fatídico general Martínez Anido el que presentó, representando a los elementos que represente, ese plan de avance sobre Alhucemas, o que si fué el no menos fatídico Silvela—que ya no representa a nadie, ni al Gobierno—el que se lo pidió.

¿Qué hay en el fondo de esta trágica comedia que se está representando? ¿Quién tiene ese loco empeño de vengar ese supuesto ultraje? ¿Es el reino? ¿Es una parte de la oficialidad del ejército? ¿O son los intereses creados en Africa, a los que representa esa archifatídica ciudad de Melilla, que vive, a lo que parece, de una empresa fúnebre, y de la que se asegura que provoca una provocación cuando el negocio decae? La provoca o la paga.

A todo esto se vuelve a hablar por parte de ciertos apóstoles de la cobardía de nuestro pueblo, y se vuelve a repetir que no fué la fatalidad, sino la cobardía, la causa de la derrota de julio de 1921, de la santiajada. Sin duda; pero a nuestra vez hemos de repetir, y cuantas veces haga falta, que esa cobardía era un efecto, y que la causa de esa cobardía era la íntima conciencia de la injusticia del acto que se iba a come-

ter. Un pueblo no es cobarde, como no es valiente, porque sí, y la cobardía de que dió entonces prueba nuestro ejército se debió a que se le quiso llevar al pueblo armado, a los no profesionales del oficio bélico, a un acto servil. Y como persiste la servilidad del acto no es fácil que la cobardía se haya curado.

A la guerra de la reconquista, contra el moro, y a la otra guerra de reconquista también, contra el francés—la de la Independencia—, se reduce todo lo que ha llegado de nuestra historia y nuestra leyenda a las más hondas capas de nuestro pueblo, que sabe de ello, con saber tan poco, más que del descubrimiento y conquista de América, que no sabe nada. Ni los que emigran a ella. Siendo mozo, oí a un aldeano de mi tierra que, viéndome examinar una vieja sepultura, en Arrigorriaga, me dijo: «Ahí está enterrado un rey moro, al que le mataron en tiempo de la francesada.» ¡Admirable resumen de nuestra más honda historia legendaria popular!

Nuestro pueblo de conquistadores por la fuerza del destino, y a su pesar, no ha sentido más que la reconquista. Pizarro fué una especie de Silvestre. Y ni uno ni otro un Cid o un Empeccinado. Y nuestro pueblo siente que no hay nada que reconquistar en Marruecos. ¿El prestigio de nuestro ejército? Eso no es cosa del pueblo. Porque éste sabe que su desastre de Annual se debió a que se le llevaba a una empresa repugnante al sentimiento popular. Y el pueblo siente que no se puede sacrificar la finalidad de su vida y de su historia a un valor meramente instrumental, que la nación no debe estar al servicio de la oficialidad del ejército.

**Miguel DE UNAMUNO**

*m: El Mercantil Valenciano, 22-VIII-1923*

